



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9799

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

MIÉRCOLES 4 DE JULIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubou Montmartre, 31.

## LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANÍA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:

Subdirectores:

MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1

SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª

(Paseo de Recoletos.)

Cartagena, P. Caballos, 15.

### GARANTÍAS.

Capital social efectivo. . . . . Ptas. 12.000000  
Primas y reservas. . . . . 42.889747

TOTAL. . . . . 54.889747

### 29 AÑOS DE EXISTENCIA

#### SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226.307.77.

#### SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía

### HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herreramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL  
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

### CASARSE Á TIEMPO.

Marcelo Prévost, el joven y distinguido autor de *L'au tomne d'une femme* y tantas otras conocidas novelas, continúa publicando en *Le Temps* sus artículos sobre *La vie sentimentale*.

Después de los que escribió acerca de los deberes de las esposas y de los maridos, ha publicado otro no menos interesante que se podría titular, de un modo completo y exacto, si la frase no resultara demasiado larga: «El arte de casar á tiempo á las muchachas bonitas, que viven con cierto desahogo, pero que no tienen dote.»

Abunda tanto la clase y resultan de tanta aplicación en España, las advertencias que Prévost dirige á la modesta burguesía francesa, que esta crónica tiene entre nosotros también indudable oportunidad.

Hó aquí toda la parte más sustanciosa del artículo:

«Nada hay que me inspire tantas melancólicas reflexiones como encontrar—los domingos, por ejemplo, en la acera de asfalto de los Campos Eliseos—á esas familias, que representan el grado más modesto de la burguesía, y que pasean, bien á una muchacha ya crecida, y casi ya casadera, bien á la hija única, madura ya con exceso, despojo del matrimonio, puesta en olvido por cuantas personas aun

hombre de mundo igualmente, pues no hay cera tan manejable como el alma de una de estas muchachas burguesas que ha pasado su juventud en la escuela de la necesidad.

Pero, entretanto, los hombres de mundo se arruinan por esas damiselas que son la espuma viciosa de esta misma burguesía ya averiada; los industriales al estilo Ohnet buscan la dote, que representa un nuevo capital que se aporta á sus negocios, aunque sea quien lo traiga en su mano una criatura deforme; los artistas llevan su abnegación hasta el punto de dar una posición legítima en su edad madura á una porción de pérdidas... y aquellas muchachas, pobres y encantadoras, siguen aguardando inútilmente todos los domingos, bajo los castaños de los Campos Eliseos, al marido soñado, que nunca llega ó que continúa su camino sin detenerse un solo momento.

Se dirá que es imposible buscar remedio alguno para que no ocurran estas cosas. Semejante situación dura desde hace un siglo, y ha proporcionado interesantes argumentos, lo menos, á veinte novelistas. Pero los novelistas solamente, por lo menos hasta ahora, han encontrado la manera de casar, hacia la página 349, á la muchacha burguesa y humilde con un buen señor, más consecuente que los demás, fornido dueño de fraguas, marqués democrático ó artista genial, que se cubre de gloria ó gana el oro á manos llenas en el capítulo siguiente.

En la vida real, sin embargo, las cosas no suceden así. La muchacha en cuestión, ó no figura en novela alguna, y casi esto es lo mejor que se le puede desear, ó bien ocurre que la obstinada fatalidad pone fin á la novela en la página 340, antes de que llegue la descripción de la alcaldía y de la parroquia, ó bien, por último, desciende la novela de un doselace naturalista, con gran regocijo del célebre «batallón de Citerrea.» Y ¿quién tiene la culpa de todo esto? Ya se sabe. ¡La culpa es de todos aquellos que, pudiendo haber contraído matrimonio con la susodicha joven, no se dejan seducir sino por el vicio ó por el dinero! ¡Las solteras burguesas quedan vengadas por las infelices desertoras que fueron á enriquecer el famoso batallón!

Convengamos en que la culpa es del egoísmo de los hombres; pero, acaso toda obra de saneamiento, de perfeccionamiento social, ¿no tropieza siempre con el adverso egoísmo de los individuos? Un soltero rico, y para el cual no existe en modo alguno la idea del altruismo, ¿cómo, ni por qué, va á renunciar á sus gustos cuando encuentra su satisfacción más á mano, sin necesidad de contraer compromisos que ya desde un principio se le antojan duros y molestos? ¿Podría la sociedad poner trabas á su manera de ser? ¿Debería dirigir sus leyes contra este egoísmo agresivo? Y si estas leyes fueran eficaces, que es lo que ocurre siempre cuando se aplica la ley á la moral, una sabia y prudente economía social, ¿no de

be buscar el equilibrio de los intereses y de los egoísmos opuestos?

¡Ah! Muchachas burguesas, hermanas mías, en verdad os digo que el mal de vuestro celibato á nadie se puede imputar en gran parte más que á vosotras y á vuestros padres, y á vuestras madres sobre todo. De la familia burguesa es precisamente de donde ha de partir esta reforma matrimonial: de la madre, en ella, y de la hija. No esperéis que los Parlamentos acudan en vuestro socorro, fabricando una legislación perfectamente vana para coadyuvar á vuestras bodas.

Adelantaos á sus iniciativas, como perspicaces reformadoras que sois; porque si los hombres hacen las leyes, como observó exactamente el príncipe de Ligne, las mujeres son, en cambio, quienes hacen las costumbres.

Y las costumbres casamenteras de la burguesía pobre son, hoy por hoy, de lo más absurdo que se puede imaginar. Se trata, por ejemplo, de una joven de diez y ocho años, sin dote, pero cuyo padre, empleado, comerciante, etc., etc., gana lo suficiente para mantener su casa con desahogo, y aun con apariencias de lujo. Pero, claro está que la muchacha no se casará fácilmente. Empezarán los padres, y ella misma, por ir demorandolasolución del problema, en virtud de un axioma que se acomoda perfectamente con la pereza de las familias: *hay tiempo*. Nada más propio, en efecto, de la burguesía, que esta manera de vivir, siempre y en todo, como en un vestibulo... el vestibulo del día de mañana, ese día de mañana en que se va á ser feliz, sin duda alguna. Se aplaza, pues, todo inconscientemente, sin pensar en que no hay razón de ningún género para que llegue con seguridad semejante porvenir. Las puertas del soñado palacio no se abren por sí solas, y generalmente se acaba de vivir en el mismo vestibulo, donde se ha aguardado sin éxito á la felicidad durante tantos años.

En el caso presente, por ejemplo, y á fuerza de ir demorando el asunto, sucede que la muchacha cumple veinte años, y veinticinco, y veintiseis... Llega entonces el momento de la gran emoción para las familias, la hora de la crisis aguda y de las resoluciones viriles. «Hay que casar á Juanita, ó á Consuelo, ó á Petra.» Si, hay que casarlas, pero ¿dónde está el marido? Se le busca entonces desesperadamente, y al fin se da con uno... no muy joven, no muy apuesto, no muy rico... pero, en fin, posible; el *marido-solución*. Se le presenta á Juana, á Consuelo ó á Petra. Pero el pretendido galán que no pretendiente, se bate en retirada y desdeña los decadentes encantos de las candidatas, estimando que *su posición* bien merece un poco más de frescura y de juventud ¿Se equivoca acaso?

Resulta, pues, primeramente, que las familias empiezan por no ocuparse á tiempo en el arduo problema que significa el casamiento de una muchacha sin dote. Las infelices no tienen más que un capital: la frescura de su tez, la viva luz de

sus ojos y su gracia primaveral, y sin reparar en ello como es debido, se deja que esta fortuna vaya amortizándose en vano, y cuando está amortizada, entonces y sólo entonces, se procura colocar á sus propietarias. Mientras más pobre sea la chica, hay que casarla más pronto. No os adormezcáis, ¡oh padres insensatos! complacidos por las vagas promesas de un dudoso porvenir. No digáis: «Aguardamos una ocasión.» No perdáis el tiempo lastimosamente acechando la llegada del príncipe soñado.

No le hay ya disponible. Todas las existencias de este género están ya en manos de las viudas de industriales ricos. Casad á vuestra hija pronto, á la primera ocasión regular que se presente, sin precipitación, pero sin vacilar.

Ya os oigo decir, poseídos de santa indignación:

—¿Cómo? ¿Casar á una muchacha de diez y ocho años con un hombre entrado en años?... ¡Nunca!

—Pero, ¿quién os habla de un hombre así? Yo no. Vosotros más bien por el contrario, sois los que decid en el secreto de vuestro corazón:

—Aunque la chica se vaya quedando para vestir imágenes, ya encontrará al fin un hombre *joven aún*, que quiera poner fin, como Dios manda, á su vida de soltero.

¡Ah! ¡Qué terrible cálculo! Yo insisto en aconsejaros que caseis á vuestra hija, muy joven, con un hombre muy joven también.

Porque, precisamente, el segundo de vuestros errores consiste en soñar con un yerno que ya disfrute de una sólida posición, material ó moral, y que no llegue á ofrecer tan sólo promesas y esperanzas.

Con este sistema, empezáis por condenar á vuestras hijas á que se contenten con el desecho de los solteros, es decir, con aquellos que han sido despreciados, durante diez años, por las muchachas ricas á quienes se acercaron en balde; de modo que reducís peligrosamente el número de los maridos posibles, lo cual es una aberración inexplicable.

Cuando la chica tiene diez y siete años, no os atrevéis á casarla con un toniente de treinta, y os frotáis las manos de gusto cuando, doce años después, podéis entregarla, desengañada y envejecida, al mismo oficial, que ya es comandante y que ha heredado cuatro cuartos por haber muerto sus padres.

Debeis tener valor y casar resueltamente á vuestras hijas muy jóvenes con hombres muy jóvenes, no recogidos al azar, sino escogidos, por el contrario, entre los que pertenecen al porvenir, entre los que trabajan y han de mejorar de posición, naturalmente, andando el tiempo.

¿Que no tendrán para vivir? ¡Qué error! Entre los veinte y los treinta años siempre se cuenta con lo bastante para vivir; la Providencia provee milagrosamente. ¿Pues qué? Ese toniente á quien no queráis hacer caso, ¿no provee á las necesidades de alguna íntima amiga?